

Beatriz Sarlo

Mónica Bueno
Florencia Garramuño

Refundación de la democracia



Alejandra López

Beatriz Sarlo es una de las intelectuales argentinas de mayor prestigio. Directora de la Revista *Punto de Vista* a lo largo de tres décadas, sus ensayos sobre la cultura argentina han generado polémicas influyentes. Como profesora de la Universidad de Buenos Aires ha formado a numerosos investigadores jóvenes. A través del sitio de *Punto de Vista* en internet, www.bazaramericano.com, ha sido una de las principales impulsoras de la Asamblea Constituyente.

Margens/Márgenes: La actual crisis del Estado—y no sólo en la Argentina—, es vista por algunos como un motivo de celebración porque permitiría el surgimiento de nuevas formas de organización política; para otros, en cambio, es motivo de tristeza o desesperanza. Queríamos saber cuál es su posición al respecto.

Beatriz Sarlo: Se deben buscar dos puntos de referencia en esa problemática.

Por una parte, estaba la concepción marxista del Estado y de la política en la cual si bien el horizonte utópico era la disolución de los Estados, el medio para su disolución era la construcción de Estados muy poderosos que establecieran una dictadura sobre las clases que debían ser reconducidas, modificadas o abolidas en un proceso de transformación social. Por eso se dijo durante mucho tiempo que el marxismo carecía de una teoría política y es efectivamente así, el marxismo revolucionario no tiene una teoría política. En esa concepción, el Estado oscilaba entre ser el mal que debía ser suprimido porque tenía un carácter de clase y el bien que debía construirse porque tenía un carácter de represor de la clase que debía ser reprimida. Por lo tanto, el Estado no podía articular, en ninguna de las dos instancias, conflictos. Esta es una concepción que marca los últimos cien años. Mientras tanto, en paralelo a esta concepción se construían los Estados monstruosos dictatoriales de los llamados socialismos reales que no eran estudiados desde el pensamiento marxista. Eran considerados desviaciones burocráticas del ideal o instrumentos que, por percederos, no tenían en sí mismos la sustancia para ser estudiados.

La otra concepción es una concepción de marca más anárquico-revolucionaria, una concepción más intelectual que política con la que difícilmente pueda hacerse política institucional. Esta línea, influida por el pensamiento de Foucault, considera que el poder está difundido en micropoderes en la sociedad, que se ejerce puntualmente en cada uno de los lugares de esa sociedad y que está unido a los saberes y a los discursos. Esta es una visión transestatal, porque los micropoderes se constituyen en una red tan o más poderosa que los poderes estatales unidos a otras dos esferas de la vida, la esfera de los saberes y la esfera de los discursos y sería allí donde habría que intervenir.

Las actuales posiciones que de alguna manera saludan con expectativa una supuesta disolución de los Estados en un planeta transnacional y globalizado son posiciones más deudoras de esta segunda línea de matriz foucaultiana a la cual luego se le agregan hilos del pensamiento de Deleuze. Aunque muchos de los que hoy saludan esta disolución de los Estados reconozcan una vieja filiación en el marxismo leninismo.

Por otra parte, los pensadores que centralmente están incluidos en esta línea contemporánea que ustedes evocan son pensadores que pertenecen a sociedades donde los

Estados son muy fuertes. Lejos de haberse disuelto, persisten con una enorme eficacia y se convierten en instrumentos que cumplen las funciones que la política les asigna.

Que no es precisamente lo que ocurre actualmente en la Argentina.

Desde ya. Es en los países periféricos, donde por una colisión de los intereses capitalistas y de burocracias locales ineficientes —burocracias no en el sentido weberiano sino en el sentido de sectores que han copado, sin preparación ni vocación pública, la tarea de la administración— el Estado ha sido usado en beneficio de intereses particulares. Es difícil decir hoy que el Estado argentino es usado por los intereses de una clase; es más bien usado por una red de *lobbies* que lo han colonizado.

En el linaje foucaultiano-deleuziano de una impugnación del Estado se encuentran elementos liberadores. No toda esta perspectiva puede ser sometida a crítica del mismo modo. Ha producido una nueva sensibilidad frente a la iniciativa de los grupos más diferentes (y discriminados); ha alertado, sobre todo a los intelectuales y a las capas medias ilustradas, sobre la relación que tiene el ejercicio del poder con el ejercicio de saberes y discursos. Hay una instancia del análisis de lo público y lo privado donde la idea de poderes y micropoderes mantiene un enorme poder descriptivo; la metáfora deleuziana de la proliferación rizomática del poder también debería conservarse por su capacidad descriptiva. Pero me parece que están sujetas a referencias que no responden a lo que uno diría Estado (Estado, gobierno y sistema de gobierno) sino que responden a la forma en la que los poderes se ejercen en los diferentes mundos de vida de una sociedad.

Frente a esta crisis del Estado, ¿cómo se sostiene el relato nacional hoy por hoy en la Argentina?

Yo creo que las comunidades se sostienen por los efectos históricos que producen los Estados y la sociedad civil, en una combinación en la cual a veces pesa más uno y a veces pesa más el otro. El relato de la Argentina no estaba sólo sostenido por un despliegue “hegeliano” del Estado, sino también por el despliegue de los logros que la sociedad civil había alcanzado en su relación con el Estado.

He repetido varias veces en este último tiempo que la identidad argentina estaba sostenida sobre un trípode: plena alfabetización, pleno empleo y ejercicio expansivo de los derechos políticos y sociales. Se trata de una identidad armada a través de un proceso conflictivo. Hubo mucha represión, sin duda. No es un relato que pueda hacerse de manera completamente exitosa pero de hecho sobre esos tres rasgos podía enunciarse la narrativa de una nacionalidad. Eso es lo que le daba a la Argentina su tono diferencial, más que ninguna saga nacional.

La prueba más fuerte de esto es que la derrota de la aventura militar en Malvinas no marcó para nada este relato. La pérdida de Malvinas no trae como consecuencia el debilitamiento de una identidad nacional. La identidad nacional estaba debilitándose por otros procesos.

El rasgo diferencial es que el Juicio a las Juntas fue una apuesta muy fuerte a la democrática. El 13 de diciembre de 1983 Alfonsín sostuvo que las Juntas Militares debían ser juzgadas en tribunales militares. Durante un año los militares dicen que no lo van a hacer; y se transitó al borde del abismo. Luego fue el momento del Juicio hasta llegar a ésa, que yo creo que es la única imagen con la cual Argentina puede reconciliarse: la imagen de los comandantes condenados por la justicia civil que los señala como asesinos y torturadores. Hasta llegar a eso, la transición tembló. Por alguna razón Chile no lo hizo, en Uruguay – un país de corte progresista– se perdió un plebiscito para hacer juicio a las Juntas y, por supuesto, la tradición política de Brasil no permite sentar a los poderosos en un lugar para que otros los juzguen.

¿No le parece aún más dramático que después del Juicio a la Junta vinieran las leyes de Obediencia Debida y Punto final? ¿Hasta qué punto ese momento no es un momento fundacional quebrado por lo que viene después?

La Justicia llegó hasta el límite que le puso Alfonsín pero hubo un gigantesco proceso de conocimiento en el Juicio a las Juntas. Esas dos leyes horribles, mal hechas, torpes que son la de Punto Final y Obediencia Debida, devuelven el problema a la sociedad. Alfonsín hizo lo que estaba dentro de sus límites ideológicos y políticos: un caudillo burgués moderado que se creía un poco más de izquierda de lo que era, que luego fue responsable de cuanto desastre tuvimos en la Argentina (la Constitución de 1994, el Pacto de Olivos etc). Las leyes fueron una desilusión pero de una desilusión se puede salir hacia un lado o hacia el otro. Yo creo que las leyes fueron una desilusión muy fuerte para la gente como también lo fue el desenlace de Semana Santa, momentos en que la sociedad movilizaba sintió una traición. Ahora, viéndolo desde otra perspectiva, eso tiene una consecuencia: pone la responsabilidad del establecimiento de una memoria histórica y de una justicia del lado de los jueces, que es lo que estamos viendo hoy con los Juicios por la Verdad y por la apropiación de niños. Al principio hubo un núcleo mínimo no escuchado por nadie como fue el movimiento de Derechos Humanos. Las Madres, los familiares, estaban solos. Luego esto se convirtió en una especie de escenario de un gigantesco acto de rememoración de toda la sociedad que la política cortó porque determinó que el escenario debía cerrarse y que se corriera el telón. Después de ese gigantesco acto de rememoración no toda la sociedad permaneció en estado de memoria pero muchos más grupos tomaron la cuestión y hicieron posible que siguieran los juicios. Es decir

que el tema volvió a la sociedad. Cuando se cumplieron los veinte años de la Dictadura, se vio una plaza que estaba llena de gente muy joven, los colegios secundarios enteros. Esto se repitió en todo el país y hoy hay líneas muy fuertes de opinión en la educación que dicen que los chicos tienen que estudiar con el *Nunca Más*. Se comprueba, entonces, cómo la cuestión se reinstala en la sociedad. Por supuesto, uno no hubiera deseado que los gobiernos se desinteresaran, pero también es cierto que para que el tema de la memoria persista debe estar en la sociedad.

De todas maneras, hubo una supraintervención por parte de organismos como la OEA que hace un convenio con el Estado argentino para realizar los Juicios por la Verdad. Entonces, no se trata solamente de la decisión de una sociedad que ha tomado conciencia de la cuestión.

Sí, pero, los que hicieron posible que las cosas llegaran a ese punto fueron grupos de ciudadanos, incluso muchos jueces que querían molestar al gobierno radical. Estos son los efectos no planificados del poder porque cuando los jueces empezaron a pasar por encima de las leyes de Obediencia Debida y Punto Final no era porque eran defensores de las banderas de los Derechos Humanos. Muchos de ellos querían molestar al gobierno radical y crear una situación de inseguridad. Los organismos de Derechos Humanos y los familiares de las víctimas no se dejaron engañar con eso, siguieron con los juicios y los llevaron a una escena pública, universal. Si uno quiere restaurar alguna narrativa de identidad en este país, ése es un punto que no puede ser borrado.

¿Se podría pensar en la fuerza de ciertas “estructuras de sentimiento” que persisten en una sociedad?

Me parece bien lo de “estructuras de sentimiento” porque hace unos pocos días se leyó en los diarios una encuesta que se había hecho con 18.000 casos en toda América Latina. Se trata de una encuesta de opinión bastante representativa. Argentina era el país donde más se valoraba el régimen democrático pese a que el juicio sobre el gobierno era el más negativo de toda América Latina. Era muy curiosa la combinación de posiciones: un 65% valoraba el régimen democrático contra un 20% en Brasil y tenía más aprobación el gobierno brasileño que el argentino. El mix de posiciones habla de dos sociedades muy distintas. Yo creo que esa valoración en la Argentina tiene que ver con la experiencia discursiva, educativa, política, cultural que se hizo con la última dictadura militar. Entonces ahí entra todo: las cosas que hizo bien el gobierno de Alfonsín, las cosas que hizo muy mal y las cosas que núcleos muy chicos de la sociedad pudieron transmitir a núcleos más amplios.

Entonces, ¿usted haría una valoración positiva de la transición democrática?

No, porque si dejara de lado este capítulo de memoria y derechos humanos, la democracia fracasó como sistema político. Se pensó que se debía consolidar una clase política y esa clase se consolidó como una corporación que se representa a sí misma en lugar de representar los intereses y los conflictos de la sociedad. No conocemos otra forma pero la democracia como régimen fracasó porque no cumplió sus propias condiciones formales.

¿Cómo lee usted dentro de esa narrativa la actual crisis argentina?

Hoy en la Argentina no hay instrumento de Estado. El Estado es un espacio de ocupación sectorial. Uno de los problemas básicos de la política argentina es éste. No es simplemente por mala voluntad y traición ideológica que ministros de economía, que no piensan exactamente lo mismo, en los últimos veinte años hicieron prácticamente lo mismo. No se trata simplemente de traición ideológica o de conservadurismo; no es solamente asegurarse el futuro en alguna organización internacional (aunque eso también está); o conservar las buenas amistades con el capitalismo. Es también que no encontraron instrumentos en el Estado argentino para poder operar. Yo creo que es un Estado en disolución, tiene una forma de ineficacia radical. No puede imponer ningún esquema de distribución de la riqueza ni progresivo ni regresivo y, además, la sociedad está en posición de desobediencia civil, sobre todo aquellos, los más favorecidos, que ejercen la sorda e in-moral desobediencia impositiva.

Lo segundo que uno podría decir del Estado argentino es que está enfeudado a los Estados provinciales. Eso nos trae imágenes del pasado: provincias que no pueden percibir impuestos y gobiernos centrales que, sea cual sea el régimen constitucional, son gobiernos centrales ultrafederalizados. A esto hay que agregar lo que heredamos de la Dictadura: cuando llega la transición democrática, los políticos que entran al gobierno (esto hubiera sucedido igual si hubieran sido peronistas) entran a una caja negra, a un lugar que no se conocía. La última vez que se había gobernado fue en 1966. El periodo de 1973 a 1976 no se puede contar como experiencia de gobierno. En 1983 se encuentra un Estado que es otro, que ha sufrido todas las transformaciones que le imprimieron primero el régimen militar del 66 al 72 y luego el del 76 al 82. Los primeros cinco o seis años fueron de enorme desconcierto porque se entraba a un castillo gótico, donde se abría una puerta y se encontraba un cadáver en lugar de la princesa esperada. Esto no es para quitarle responsabilidad a los radicales, naturalmente, pero el desconocimiento del Estado tampoco puede atribuirse únicamente a ellos. Resulta claro si uno lo piensa en su propia vida: nosotros entramos a gobernar la universidad (algunas universidades, no todas tuvieron esta transformación: Buenos Aires sí, Mar del Plata, también; Córdoba, no; Rosario, sí) y no teníamos experiencia en la institución.

Hablaba hace un rato de desobediencia civil, ¿le parece que hoy se puede hablar en la Argentina de una conciencia insurrecta en el surgimiento de las multitudes? ¿Qué diferencia hay entre manifestaciones populares tan distintas como los cacerolazos y los piqueteros?

La idea de la Multitud es atractiva para los intelectuales progresistas (así como fue la pesadilla de los conservadores). Yo diferenciaría bien la posición de Paolo Virno de la de Toni Negri. Creo que Virno hace una discusión en el campo de la filosofía política a partir de Spinoza, que es muy interesante. Lo que dice es cómo se construye el concepto de “pueblo” como una categoría de normalización. En lugar de la ficción de Hobbes, Virno propone otra o la lee desde otra perspectiva. Se trata de un filósofo político clásico con muy buena formación de filología.

Un caso diferente es el caso de Negri y Hardt porque ellos, en *Imperio*, hacen un manifiesto político y, por tanto invisten un concepto de filosofía política como actor social. Ese actor yo no lo conozco en la Argentina. Las actuales movilizaciones de miserables son extremadamente orgánicas y, al mismo tiempo, funcionan muy verticalmente: se toma lista para ir al piquete, se realiza un intercambio entre militancia y posibilidad de recibir un subsidio. Pero, al mismo tiempo, se construye un espacio donde existe un discurso de identidad cada vez más fuerte.

Las que parecieran responder más a este modelo rizomático son las organizaciones de las capas medias que surgieron más o menos espontáneamente en el verano y que tienen un estilo cultural diferente: no solamente fueron asambleas populares democráticas sino un también escenarios un poco *new age*, lugares de autoayuda, típicos de la postmodernidad.

Tienen un enfrentamiento con el Estado porque son organizaciones que culturalmente han encontrado su visión de época en el profundo sentimiento antipolítico. Por lo tanto, yo no veo ahí operando ese tigre de mil cabezas o esa serpiente –para usar las imágenes que usa Negri. Veo organizaciones, y tampoco me parece mal eso. Los piqueteros pueden o pudieron haber logrado algo con un gran esfuerzo organizativo.

Por supuesto que lo que sorprende de todo esto es que la gente no pensaba que en la Argentina iban a ocurrir cosas de este estilo. No pensábamos que uno de los actores organizativos iba a ser la Iglesia, o que el debate iba a estar ahí y no en otras instituciones como podría ser el Congreso. Lo que queda de la esfera pública está puesto ahí, y eso responde al vacío concreto de las instituciones del Estado.

Eso viene acompañado por una gran violencia, sobre todo desde el Estado.

Mientras que el problema de la violencia avanzaba en las grandes ciudades latinoamericanas –San Pablo, Ciudad de México, Bogotá–, la Argentina venía sustrayéndose a un fenómeno que se estaba desarrollando en otras partes del

continente. Junto con la crisis argentina se da la incorporación de la Argentina a este fenómeno de carácter latinoamericano. Y es un fenómeno que no tiene sólo su origen en la política económica, sino también en reestructuraciones de diferente tipo, de las instituciones de la sociedad civil y de la familia. Estamos hablando de la ausencia en la familia de aquél o aquélla que suministra los alimentos, es decir del centro que provee y marca una ley.

En el último número de Punto de vista Ud. hace una lectura del éxito de Imperio, como un éxito basado en el mensaje optimista que el libro transmitiría, y queda claro que Ud. no comparte ese optimismo. ¿Tampoco cree Ud. que el mundo haya entrado en esa nueva etapa que Negri y Hardt vislumbran?

Yo no pienso en la globalización como ese nuevo milenio. Pienso más bien que es la acentuación de ciertos rasgos que tuvo la modernidad. No pienso ni en la nueva aurora ni en el nuevo infierno, sino en la acentuación de una tendencia en la que han ganado los países que han sido punta de ese proceso. Los mismos que fueron ganadores en la expansión imperialista, excepto algunos países asiáticos que serían nuevos ganadores.

Lo que me sorprende del libro de Negri, y que yo respeto mucho, es su éxito, y ese éxito habla de un deseo de cambio. Por alguna razón, de campo intelectual y de campo político, el libro no tuvo una gran repercusión europea, pero sí tuvo una enorme repercusión norteamericana y también en Argentina.

En Brasil el libro no ha tenido tanta repercusión ¿Ese éxito en Argentina tendrá que ver con la coincidencia del lanzamiento del libro con la eclosión de la crisis?

Tengo una hipótesis de por qué el libro funciona tan bien en Estados Unidos. Y es que no conozco capa intelectual más separada de la esfera pública que la norteamericana. En Estados Unidos toda relación entre los intelectuales y la política es virtual. Entonces este libro, a muchos intelectuales que son efectivamente de izquierda, les ofrece una zona de participación imaginaria.

¿Y por qué habría tenido entonces repercusión en Argentina?

Los intelectuales hoy en Argentina estamos en estado de desesperanza. Trabajamos en un aparato universitario completamente tambaleante, cuya relación con la escuela, que debería ser prioritaria, es casi inexistente; por lo tanto formamos parte de un aparato que va perdiendo sus funciones en la sociedad. La idea de la inutilidad del pensamiento intelectual le abre una escucha importante a Negri porque no obliga a realizar acciones, porque la multitud se las rebusca sola. El mensaje del libro es "no action to be taken". Porque hay una determinación de la multitud muy mecanicista y muy optimista cuando se piensa que la mul-

titud va a traer por sí sola las transformaciones necesarias. En situación de desesperanza, el libro no obliga a demasiado, cosa que no ocurriría con la teoría revolucionaria. Después están los efectos que el mismo libro produce. Los escritos de Virno requieren una lectura extremadamente trabajosa, porque uno no puede sentarse a hojear Virno como uno hojear *Imperio*. Virno o Agamben obligan a un trabajo filosófico muy arduo. Mientras que, pese a la masa de citas y de lecturas, el libro de Negri y Hardt es de lectura fácil. También hay que contar con la tradicional fascinación argentina por la novedad.

¿No será un momento en el que es necesario hacer, como dice Foucault, en lugar de la historia de las soluciones, la genealogía de los problemas?

Yo no estoy hablando sólo del desencanto de los intelectuales, sino también del desencanto de la sociedad. Los medios de comunicación como una esfera de debate, sea uno habermasiano o no, son fundamentales, y esa esfera está degradada. La última que vez que hubo algo parecido a una esfera de debate fue antes del último golpe. En ese momento se difundió, por lo menos en el imaginario, la idea de que podía haber una relación entre intelectuales y política y que los intelectuales podían ejercer algún poder. De todos modos la política revolucionaria no era el mejor escenario para un debate de ideas y las cosas terminaron atrapadas por la violencia. Luego vino el golpe. La esfera de debate se restauró en los primeros años de la transición pero, ya se sabe, esa transición terminó en el fracaso de la democracia. Los intelectuales hoy somos poco significativos, somos muy manipulados por los medios, convertidos en emisores de opinión según las necesidades del periodismo.

Sin embargo, usted, a través de Punto de Vista y Bazar Americano está siendo una de las grandes impulsoras de la creación de una Asamblea Constituyente. ¿La Asamblea Constituyente es otro espacio donde crear esa esfera de debate que ha sido cancelada en la Argentina?

Yo creo que lo que hay que producir en la Argentina es una esfera pública, una esfera de debate. Quizás ese lugar no sea la Asamblea Constituyente, quizás otros tengan mejores ideas sobre cómo crear esa esfera, pero eso es lo que hay que producir.

La misma redacción de un referéndum para la Constituyente abre una esfera de debate.

El temor de la gente cuando se hace el planteo de la Constituyente es que éste sea un gesto fundacional y que los gestos fundacionales son gestos destinados al fracaso. Pero es que la Argentina ya fracasó. Partimos de la base de que la democracia argentina fracasó. Entonces los gestos fundacionales son necesarios. Se puede no tener una perspectiva milenarista u absoluta sobre la refundación, pero la

refundación es necesaria porque no hay nada, ha quedado muy poco del proyecto argentino. Entonces la refundación tiene que ver con el estado al que hemos llegado.

Lo que dicen los dirigentes del FMI en Argentina es impresionante. Cuando Tom O'Neill dijo que todos los gobernantes latinoamericanos tenían la plata en Suiza, Brasil tuvo una reacción que prácticamente fue una declaración de guerra. Los norteamericanos tuvieron que bajar la cabeza y pedir disculpas, mientras en Argentina el pueblo dijo, sí tienen razón, ya que están los jueces revisando las cuentas en Suiza. Entonces se ve que acá no hay orgullo nacional, que la imagen nacional está por el piso. Cuando Batlle dijo que los argentinos son todos ladrones, nosotros estuvimos dispuestos a aceptar la disculpa. Lo mismo con Lula, que el otro día dijo que la Argentina es una república bananera. Bueno, si hasta lo decimos nosotros. Hoy no hay más república en la Argentina, no hay más régimen político. Yo confieso que me duele que lo diga un dirigente en quien tengo mis simpatías puestas, pero es eso lo que nosotros mismos pensamos.

Nos gustaría saber qué piensa usted sobre la productividad del concepto de márgenes.

Desde un punto de vista de exploración estética es de los conceptos más productivos. Y pareciera ser especialmente diseñado para ciertas formas del arte y la cultura de naciones periféricas. Por ejemplo, a mí me resultaría prácticamente imposible pensar a Borges fuera de esa noción. Es un concepto que avanzó su capacidad descriptiva sin haberse anunciado demasiado con un gran dispositivo teórico. Y tiene sus antecedentes en la crítica latinoamericana. El primero que lee a Borges de este modo es Emir Rodríguez Monegal. Y un crítico que se colocaba en las antípodas de Emir como Rama también ha trabajado sobre esto. El concepto de márgenes, mestizaje e hibridación es uno de los aportes de América Latina a la teoría cultural. Habría que recordar también a Richard Morse. Justamente la perspectiva estética que da esa literatura brasileña que Morse trabaja es la mezcla de universos culturales que parecían incompatibles, y que es uno de los rasgos de la vanguardia de los veinte. En ese punto el concepto es extremadamente productivo.

El concepto también tiene una genealogía en el campo político, y ahí es otra cosa. Hubo momentos en la historia de América Latina —en los años sesenta y setenta— en que se pensó que los actores revolucionarios por excelencia eran aquéllos que estaban encuadrados en los márgenes de la deriva del sistema capitalista. Y se pensó que las masas de los marginales habían sido excluidas de la sociología de la modernidad. Gino Germani lo decía: son remanentes del pasado que se van incorporando a una sociedad moderna. La política entonces empezó a buscar como interlocutores a las masas desencuadradas del sistema ca-

pitalista, de las que se creía que, por esa razón, mantenían su carácter revulsivo. La teoría social corrigió el progresismo modernista que tenía la teoría de Germani. El proceso latinoamericano no dio cuenta de esa teoría de Germani, porque los marginales no terminaron asociándose a la modernización sino que incluso esa masa creció en proporciones inimaginables.

Entonces, el concepto fue importante en un momento de revisión de las categorías sociológicas y sobre todo en un momento de debate sobre quién era el actor revolucionario, cuando ese debate era fundamental porque implicaba resoluciones prácticas. Cuando se pensaba sobre si la guerrilla debía ser urbana o rural se estaba pensando en ese debate. Hemos aprendido bastante desde entonces. Hemos aprendido que en el margen político es muy difícil hacer de la necesidad virtud. Hemos aprendido que los marginales y los expulsados están menos preparados para una construcción política. O sea que en términos políticos ese debate está cerrado.

Teniendo en cuenta lo que usted señala sobre el aumento de la marginalidad en nuestra época, ¿no le parece en cambio necesaria una nueva reflexión del fenómeno desde el punto de vista político?

Sí. La marginalidad debe seguir siendo pensada porque hoy una mayoría de los ciudadanos de nuestros países viven en condiciones de marginalidad. Lo único que yo anoto en ese punto es que la marginalidad no puede ser pensada como sitio de una revolución política, porque los actores políticos se producen donde el dominio del tiempo no es obturado por conflictos de necesidad y de supervivencia.

¿Qué piensa usted acerca del funcionamiento y las posibilidades del Mercosur?

El Mercosur le exige al argentino un reconocimiento de carácter simbólico y cultural. Le exige reconocer que en una alianza económica, política y cultural, Argentina entra como socio menor. La unión europea es posible porque es la unión de los países más ricos del planeta. Y parece que estos nuevos modelos de organizaciones nacionales, así como la democracia, sólo funcionan en los países ricos.

Pero yo creo que todavía el Mercosur, sobre todo en el plano cultural, tiene mucho por dar.



Mónica Bueno es profesora de Literatura Argentina de la Universidad Nacional de Mar del Plata.

Florencia Garramuño es profesora de Literatura Portuguesa y Brasileña de la Universidad de Buenos Aires.